

Introducción de Jean-Jacques Rousseau a su obra: 'Fragmentos para un diccionario de términos de uso en Botánica'

Fernando Calderón Quindós

Resumen: Calderón Quindós, F. 2005. Introducción de Jean-Jacques Rousseau a su obra: 'Fragmentos para un diccionario de términos de uso en Botánica'. *Bot. Complut.* 29: 5-11*

El texto que aquí se presenta por primera vez en español constituye el esfuerzo generoso del filósofo suizo Jean Jacques Rousseau por dar a conocer la historia de la Botánica, ciencia que ocupó los últimos años de su vida y a la que aportó su incuestionable genio filosófico y su lucidez intelectual.

Palabras clave: historia de la botánica, nomenclatura, Linneo.

Abstract: Calderón Quindós, F. 2005. Jean-Jacques Rousseau's Introduction to his work: 'Fragments for a usage dictionary on Botany'. *Bot. Complut.* 29: 5-11*

The work —here presented in Spanish for the first time— means Jean Jacques Rousseau's generous effort to spread the History of Botany. This Swiss philosopher devoted his last years to this science, to which he contributed with his unquestionable philosophical genius and intellectual clarity.

Key words: history of botany, nomenclature, Linné.

INTRODUCCIÓN

BREVE PRESENTACIÓN DE LA ACTIVIDAD BOTÁNICA DE JEAN JACQUES ROUSSEAU

En 1762, después de huir de la justicia francesa y de refugiarse en la localidad suiza de Môtiers, en la cordillera del Jura, el filósofo Jean Jacques Rousseau comenzó a interesarse por la Botánica. En el estudio de las plantas descubrió de forma inesperada el consuelo a sus miserias, y en diálogo directo con la Naturaleza logró soportar el peso de una vida marcada por el infortunio.

Dedicó a la Botánica dieciséis años, desde el verano de 1762 hasta su muerte en el bosque de Ermenonville el 2 de julio de 1778. Aún la víspera de su muerte, el filósofo mantenía su particular idilio con la Naturaleza, animado con el modesto proyecto de confeccionar un herbario con las plantas de los alrededores. Desarrolló su afición a la Botánica en distintas regiones de Europa y, obligado a peregrinar sin descanso, herborizó primero en las montañas del Jura neuchatelense, y más tarde en

la isla bernes de Saint-Pierre, en las montañas de Derbyshire, en Normandía, en las cercanías de los Alpes, en Lyon, Grenoble, Bourgoin y Monquin, y finalmente en París, donde durante ocho años compaginó su trabajo de copista de música con el de botánico aficionado. A diferencia de sus contemporáneos, Rousseau quiso conocer los secretos del reino vegetal mucho más en plena Naturaleza que en los jardines y los libros. No creía en la que él mismo llamaba «botánica de gabinete y de jardín (*Rêveries*, OC, I, p. 1069:1959)». A su juicio, la Naturaleza no crecía en los parterres de los palacios, sino en las montañas y en los valles. Su actividad botánica constituyó pues un modo personal de reivindicación de la Naturaleza que merece el reconocimiento del hombre actual. «Sepamos amar la Naturaleza, sepamos estudiarla, conocerla, sepamos admirar las bellezas de las que se ha adornado para nosotros, aprendamos a quedarnos entre ella y nosotros y a curarnos de la ociosidad, del fastidio y de ser una carga para nosotros mismos y para los otros (*Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1251:1969)». Para Rousseau, el verdadero botánico

* Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid, Plaza del Campus, s/n 47001-Valladolid, quindos@yahoo.com

Recibido: 3 septiembre 2004. Aceptado: 28 septiembre 2004.

debía ser, amén de científico, representante de una moral de respeto a la Naturaleza, y esta exigencia le obligó a redefinir la Botánica apartando de ella cualquier propósito instrumental. «Soy el botánico que describe la planta —escribe en *Mon Portrait*—, al médico corresponde regular su uso (*Mon Portrait*, OC, I, p.: 1120:1969)».

Jean Jacques ni siquiera admite la posibilidad de que la Botánica se divida en dos disciplinas, una teórica y otra práctica. La decisión es objetable y, sin embargo, perfectamente coherente con la moral prescrita por él mismo. Convertir la planta en un producto farmacéutico es hacer de ella lo que no es y, de paso, es negar a la Botánica su verdadero objeto de estudio. El estancamiento que Rousseau advierte en la Botánica desde Dioscórides se debe precisamente a esta rutina sistemática de agresión y destrucción de la planta herborizada. «Yo contemplaré, recolectaré, arrancaré, dividiré, anatomizaré, puede ser, pero no llegaré hasta el punto de ser la mano estúpida y brutal que apile y desmenuce las frágiles bellezas que admiro (*Fragments de botanique*, OC, IV, p.: 1254:1969)». La transformación de la planta en simple implica su anulación, y el hombre responsable de esta anulación no merece para Jean Jacques el calificativo de botánico. No hay duda, en fin, de que su amor por la Naturaleza determinó en él su concepto de la botánica hasta el punto de obligarle a despreciar una parte significativa de su estudio. Sin embargo, ese mismo amor por la Naturaleza favoreció en Rousseau el gusto por la ciencia de las plantas, y más aún: animó al filósofo, ya sexagenario y enfermo, a dar a conocer esta «ciencia amable» a sus contemporáneos.

Durante sus años de dedicación a las plantas, Rousseau se quejó con amargura de que no hubiera ningún libro verdaderamente elemental de Botánica a disposición del ignorante. Consciente de ello, y comprometido a su vez con la tarea de enseñar al hombre los atractivos de la Naturaleza, decidió escribir él mismo ese tratado elemental. Las ocho Cartas sobre Botánica, dirigida a Madame Catherine Delessert entre 1771 y 1773, constituyen en este sentido un ejemplo casi único de sencillez y claridad [Hubo al menos dos intentos anteriores de divulgación botánica: el primero de ellos por iniciativa de N. Duchesne, autor de *Manuel de Botanique* (1764); el segundo a cargo Marc-Antoine Claret de la Tourrette, autor de *Demostraciones elementales de Botánica* (1766). Rousseau conocía a este último. Véase, Gagnebin (1962). Rousseau et la botanique, prólogo a *Lettres sur la botanique*, París, Club de Libraires de France, pp: 9-35]. Rousseau accedió a escribirlas por petición de su destinataria, quien deseaba proporcionar a su hija el entretenimiento inocente y amable de las plantas. Como

ha destacado de Vimorin [De Vimorin, Introducción de «Textes de Botanique», en OC, IV (1969), pp: 194-223:1969, cita en p: 210], estas ocho cartas, salpicadas de errores e impresiones, descubren la verdadera medida del genio botánico de su autor, pero a Rousseau le preocupaba mucho menos su reputación como científico que la oportunidad de enseñar Botánica a su alumna. En el fondo, las Cartas sobre Botánica respondían al espíritu ilustrado de divulgación, pues su fin último era demostrar que la Botánica, expresada en términos sencillos y conforme a cierto método, era una ciencia accesible a todo hombre o mujer.

Ahora bien, el empeño de Jean Jacques en facilitar el acceso a la Botánica no acabó con la última de estas cartas. Rousseau piensa en nuevas formas de hacerla accesible, y en la primavera de 1772 escribe a la duquesa de Portland en los términos siguientes: «He pensado que pequeños herbarios bien elegidos y hechos con cuidado podrían favorecer el gusto por la Botánica, y voy a trabajar este verano para que las colecciones se encuentren en estado de ser distribuidas el año próximo (C.C., XXXIX, p. 42:1967)». La declaración de intenciones de Rousseau no deja lugar a dudas. No pide nada a cambio de su dedicación; tan sólo alberga el deseo de acercar la Naturaleza al hombre mediante el estudio de las producciones vegetales. El herbario será esta vez la forma elegida; la planta desecada ocupará esta vez el lugar de la palabra escrita, que tendrá ahora un papel auxiliar: Rousseau utiliza la nomenclatura binomial recientemente inventada por Linneo para nombrar la planta, y bajo aquella escribe su nombre vulgar en francés para uso de los que no saben latín.

La última contribución de Rousseau a la difusión de esta ciencia es su obra Fragmentos para un diccionario de términos de uso en Botánica. Publicada póstumamente, en 1781, esta obra ha ganado el aplauso unánime de la Botánica francesa por tratarse de la primera vez en que un nutrido número de palabras de uso ordinario en Botánica recibían su traducción al francés [Cfr. De Vimorin, en *op. cit.*, p. CCXIX.: «Rousseau fue el primero que tradujo atrevidamente al francés una multitud de palabras técnicas usuales [...]. Es un gran daño que la edad y la fatiga no le hayan permitido dar a esta nomenclatura científica mayor valor»]³. Rousseau eliminó así el último obstáculo que durante siglos había convertido la Botánica en una ciencia de eruditos latinistas, y la puso en manos del gran público. La Naturaleza, una vez más, volvía a ser la beneficiaria del esfuerzo hecho por Rousseau.

NOTA JUSTIFICATIVA DE LA TRADUCCIÓN

El texto que se presenta aquí es la Introducción escrita por Rousseau en 1774 a Fragmentos para un diccionario de términos de uso en Botánica. Deseo advertir, para empezar, que no hay de este texto traducción anterior al español, por lo que se presenta por primera vez al lector en lengua hispana. La elección de este texto responde a diversas razones. En primer lugar, y pese a tratarse de una Introducción, ésta puede considerarse como un texto independiente, ya que no hay en ella ninguna mención al diccionario que presenta. De hecho, es razonable incluso pensar que el Diccionario y su Introducción fueran concebidas por Rousseau como obras separadas. En segundo lugar, esta Introducción es un recorrido por la historia de la Botánica desde Dioscórides hasta Linneo, y en ella Rousseau deja lugar a reflexiones personales de extraordinaria originalidad. Algunas de estas reflexiones ya han sido anticipadas y brevemente esbozadas en el epígrafe anterior, por lo que no volveremos a ellas. Una tercera razón que justifica la elección de este texto es la agudeza crítica que en él manifiesta su autor, agudeza que le llevará a proponer a Linneo como primero de entre los botánicos en un siglo en el que los sistemas de clasificación y las nomenclaturas botánicas proliferaban por todo el continente. Por último, esta Introducción está escrita con vocación ilustrada, elegante sencillez y pasión verdadera, lo que lo convierte en un texto de fácil y amena lectura, atractivo para todo lector interesado en la historia de la ciencia Botánica.

La traducción al español que aquí se edita sigue el texto siguiente: *Fragments pour un dictionnaire des termes d'usage en botanique*, Obras Completas de Jean Jacques Rousseau, tomo IV, texto presentado y anotado por Roger de Vimorin, Biblioteca de la Pléiade, Éditions Gallimard, 1969, pp. 1201-1209. He incluido al final del texto dos secciones bibliográficas. En la primera de ellas enumero las fuentes de las que he extraído las citas de la presentación; en la segunda incluyo una bibliografía de interés para quienes deseen profundizar en la obra y el pensamiento botánico de Jean Jacques Rousseau.

RESULTADOS

INTRODUCCIÓN DE: «FRAGMENTOS PARA UN DICCIONARIO DE TÉRMINOS DE USO EN BOTÁNICA»

La primera desgracia de la Botánica es la de haber sido considerada desde su nacimiento como una parte de

la Medicina. Esto hizo que nos limitásemos a encontrar o a suponer virtudes en las plantas, y que abandonásemos el conocimiento de las plantas mismas, pues no hay forma de entregarse a los estudios inmensos y continuados que exige esta investigación y al mismo tiempo a los trabajos sedentarios de laboratorio y a los tratamientos de las enfermedades por los cuales se ha llegado a conocer la naturaleza de las sustancias vegetales y sus efectos en el cuerpo humano. Esta manera equivocada de acercarse a la Botánica hace mucho que ha cercenado su estudio al punto de limitarlo casi a las plantas útiles y de reducir la cadena vegetal a un pequeño número de eslabones inco nexos. E incluso estos mismos eslabones han sido muy mal estudiados, por cuanto que de ellos ha sido sólo considerada la materia y no la organización. Pues, ¿cómo podríamos estar mucho tiempo ocupados en la estructura orgánica de una sustancia o, antes bien, de una masa ramificada que sólo deseamos machacar en un mortero? No se buscan plantas sino para encontrar remedios; no se buscan plantas sino simples. Era necesario, se dirá. Sea. Pero, por muy bien que se conocieran los remedios no dejaban de conocerse muy mal las plantas; y esto es todo lo que avanzo aquí.

La Botánica no era nada, el estudio de la Botánica no existía, y aquéllos que más se jactaban de conocer las plantas, no tenían la menor idea ni de su estructura, ni de la economía vegetal. Cada uno conocía de vista cinco o seis plantas de su región a las que daba nombres al azar enriquecidas de virtudes maravillosas que le placía suponer en ellas, y cada una de estas plantas, convertida en panacea universal, bastaba por sí sola para inmortalizar a todo el género humano. Estas plantas transformadas en opiatas y en emplastos desaparecían en seguida, y daban pronto lugar a otras a las que nuevos advenedizos, deseosos de distinguirse, atribuían los mismos efectos. Ora una nueva planta adornada de antiguas virtudes, ora antiguas plantas designadas con nuevos nombres bastaban para enriquecer a nuevos charlatanes. Estas plantas tenían nombres vulgares diferentes en cada región y los que las prescribían para sus drogas les daban nombres tan sólo conocidos en el lugar habitado por ellos, de suerte que una vez que sus recetas se extendían a otros países, no se sabía ya de qué planta se estaba hablando; cada uno las substituía a su antojo, sin otro cuidado que el de conservar el nombre. He aquí todo el arte que los Myrepsos, las Hildegardas, los Suardus, los Villanova y los otros Doctores de aquellos tiempos pusieron en el estudio de las plantas de las que hablaron en sus libros, y quizá sería difícil que el pueblo recono-

ciera una sola de estas plantas atendiendo a sus nombres o a sus descripciones.

Con el renacimiento de las Letras todo desapareció para dejar lugar a los antiguos libros; no había ya nada de bueno o de verdadero a excepción de lo que se encontraba en Aristóteles y en Galeno. En lugar de estudiar las plantas sobre la tierra, no se las estudiaba ya sino en Plinio o Dioscórides, y no hay nada tan frecuente en los autores de estos tiempos como verles negar la existencia de una planta por la única razón de que Dioscórides no había hablado de ella. Pero para emplear estas doctas plantas según los preceptos del maestro, había que encontrarlas no obstante en la Naturaleza. Era entonces cuando se afanaban, y se ponían a buscar, a observar, a conjeturar, y ninguno escatimaba en hacer todos los esfuerzos necesarios para encontrar en la planta elegida los caracteres descritos por su autor. Y como los traductores, los comentaristas, los practicones raramente estaban de acuerdo con la elección, daban veinte nombres a la misma planta y a veinte plantas el mismo nombre, cada uno sostenía que la suya era la verdadera y que ninguna de las otras era aquélla de la que Dioscórides había hablado, debiendo ser proscritas de la faz de la Tierra. De este conflicto resultaban, en fin, investigaciones a la verdad muy atentas y algunas buenas observaciones que merecían ser conservadas, pero al mismo tiempo un tal caos de nomenclatura que los médicos y los herboristas cesaron de entenderse entre ellos. No podía haber ya comunicación de luces, no había ya más que disputas de palabras y de nombres, e incluso todas las investigaciones y descripciones útiles se echaban a perder a falta de poder decidir de qué planta había hablado cada autor.

Comenzaron sin embargo a formarse verdaderos botánicos tales como L'Ecluse, Cordus, Cesalpino, Gesner, y a hacerse buenos e instructivos libros sobre esta materia en la que comenzaban a apreciarse incluso algunos trazos de método. Y resultaba ciertamente penoso que estas piezas se volvieran inútiles e ininteligibles por el simple desacuerdo en los nombres. Pero tan pronto como los autores comenzaron a reunir las especies y a separar los géneros, cada uno según su manera de observar el aspecto y la estructura exterior, resultaron nuevos inconvenientes y una nueva oscuridad. Pues cada autor, estableciendo su nomenclatura según su método, creaba nuevos géneros, o separaba los antiguos si así lo requería el carácter de los suyos. De suerte que especies y géneros, todo estaba totalmente mezclado, no habiendo casi planta de la que no hubiese tantos nombres diferentes como autores la hubieran descrito, lo que hacía el

estudio de la concordancia tan largo y a menudo más difícil que el de las plantas mismas.

Finalmente aparecieron estos dos ilustres hermanos, quienes han hecho ellos solos por el progreso de la Botánica más que todos los que les han precedido y seguido incluso hasta Tournefort. Hombres raros, cuyo inmenso saber y sólidos trabajos consagrados a la Botánica los vuelven dignos de la inmortalidad que han adquirido. Pues mientras esta ciencia natural no caiga en el olvido, los nombres de Jean y Gaspard Bauhin vivirán con ella en la memoria de los hombres.

Estos dos hombres emprendieron, cada uno por su cuenta, una Historia Universal de las plantas y, lo que está relacionado más íntimamente con este artículo, se propusieron uno y otro juntarlas en una sinonimia, es decir, en una lista meticulosa de los nombres que habían puesto a cada una de ellas todos los autores que les habían precedido. Trabajo éste absolutamente necesario a fin de que pudieran aprovecharse las observaciones de todos ellos; pues sin esto habría sido casi imposible seguir y discernir cada planta a través de tantos nombres diferentes.

El mayor llevó a cabo esta empresa en los tres volúmenes *in-folio* que se publicaron después de su muerte, y agregó una crítica tan justa, que raramente se ha equivocado en sus sinonimias. El plan de su hermano era aún más vasto, pues el primer volumen que nos ha dado permite juzgar de la inmensidad de toda la obra si hubiese tenido tiempo de ejecutarla; pero, a parte del volumen del que acabo de hablar, sólo nos ha dejado en su *Pinux* los títulos del resto, y este *Pinux*, fruto de cuarenta años de trabajo, es todavía hoy guía de todos aquéllos que desean trabajar sobre esta materia y consultar los antiguos autores.

La nomenclatura de Bauhin estaba formada únicamente por los títulos de sus capítulos y estos títulos comprendían ordinariamente varias palabras. De ahí procede la costumbre de emplear para los nombres de las plantas frases oscuras, bastante largas, que vuelven esta nomenclatura no sólo cansina y embarazosa, sino pedante y ridícula. Confieso que esto habría tenido alguna ventaja si estas frases hubieran sido mejor hechas, pero compuestas indistintamente de los nombres de los lugares de los que procedían estas plantas, de los nombres de las gentes que las habían enviado e incluso de las plantas con las que se les encontraba algún parecido, estas frases resultaron fuente de nuevos obstáculos y de nuevas dudas por cuanto que el conocimiento de una sola planta exigía el de otras varias a las que su frase remitía, y cuyos nombres no estaban por ello mejor determinados.

Sin embargo, los viajes de largo trayecto enriquecieron incesantemente la Botánica de nuevos tesoros, y, cuando los antiguos nombres abrumaban ya la memoria, los hubo que inventar nuevos sin cesar para las nuevas plantas que se iban descubriendo. Perdidos en este laberinto inmenso, forzados a buscar un hilo para entenderse, se entregaron al fin seriamente al método. Herman, Rivin, Ray, propusieron cada uno el suyo, pero el inmortal Tournefort prevaleció sobre todos ellos. Él fue el primero que ordenó sistemáticamente todo el reino vegetal; y quien, reformando en parte la nomenclatura, la combinó con la de Gaspard Bauhin e introdujo en ella sus nuevos géneros. Pero lejos de suprimir aquellas largas frases, o las añadió nuevas, o sobrecargó las antiguas de adiciones a las que su método le forzaba. Fue así como se introdujo el uso bárbaro de unir los nombres nuevos a los antiguos mediante un *qui quae quod* contradictorio, de suerte que una misma planta pertenecía a dos géneros totalmente distintos. *Dens Leonis qui pilosella folio minus villosa: Doria quae Jacobaea orientalis limonii folio: Titanokera-tophyton quod Lithophyton marinum albicans.*

Fue así como la nomenclatura se sobrecargó. Los nombres de las plantas se convirtieron no solamente en frases, sino en párrafos. Citaré sólo uno de Plukenet que probará que no exagero. «*Gramen myloicophorum carolinianum seu gramen altissimum, panicula maxima speciosa, è spicis majoribus compressiusculis utrinque pinnatis blattam molendariam quodam modo referentibus, composita, foliis convolutus mucronatis pungentibus*» *Almag.* 137.

La Botánica habría desaparecido si estas prácticas hubieran continuado. Vuelta absolutamente insostenible, la nomenclatura no podía ya subsistir en este estado, y era del todo necesario que se realizase una reforma o que la más rica, la más amable, y la más fácil de las tres partes de la Historia Natural fuera abandonada.

Finalmente M^s. Linneo, satisfecho de su sistema vegetal y de las vastas ideas que éste le había sugerido, formó el proyecto de una refundación general de la que todo el mundo sentía necesidad, pero que nadie se había atrevido a emprender. Hizo más, la ejecutó, y después de haber preparado en su *Critica Botanica* las reglas sobre las que este trabajo debía conducirse, determinó en su *Genera Plantarum* los géneros de las plantas, y a continuación las especies en su *Species*; de suerte que, conservando todos los antiguos nombres que pudo poner de acuerdo con estas nuevas reglas, y refundando todas las otras, estableció finalmente una nomenclatura diáfana, fundada sobre los verdaderos principios del arte que él

mismo había expuesto. Conservó todos aquellos géneros que eran verdaderamente naturales; corrigió, simplificó, reunió o dividió los otros según que lo requiriesen los verdaderos caracteres, y en la elección de los nombres siguió incluso con cierta severidad sus propias reglas.

Para determinar las especies, fue necesario realizar descripciones y establecer diferencias; así, las frases resultantes quedaron compuestas únicamente de lo indispensable, limitadas a un pequeño número de palabras técnicas bien elegidas y bien adoptadas. [Linneo] se ocupó de hacer buenas y breves definiciones que, extraídas de los verdaderos caracteres de las plantas, eliminaban rigurosamente todo lo que fuera extraño. Hizo falta para ello dotar a la Botánica, por así decir, de una nueva lengua que ahorraba ese largo circuito de palabras que se observa en las antiguas descripciones. Se quejaban de que las palabras de este lenguaje no estaban todas incluidas en Cicerón, pero esta queja habría tenido sólo un sentido razonable si Cicerón hubiera hecho un tratado completo de Botánica. Sin embargo, estas palabras son todas griegas o latinas, expresivas, cortas, sonoras, que dan lugar incluso a construcciones elegantes por su extrema precisión. Es en la práctica diaria del arte cuando se siente la ventaja de esta nueva lengua, tan cómoda y necesaria para los botánicos como lo es la del Álgebra para los geómetras.

Hasta ahí M^s. Linneo había determinado el mayor número de plantas conocidas, pero no las había nombrado: pues no es nombrar una cosa haberla definido. Una frase no será jamás un verdadero nombre ni podrá desempeñar su función. Subsanaó este defecto con la invención de nombres triviales que unía a los de los géneros para distinguir las especies. De este modo, el nombre de toda planta está compuesto únicamente de dos palabras, y estas dos palabras, elegidas con discernimiento y aplicadas con rigor, permiten a menudo conocer una planta mejor que a través de las largas frases de Micheli y de Plukenet. Para conocerla aún mejor y más regularmente tenemos la frase que sin duda hay que saber, pero que no tenemos necesidad de repetir a cada paso cuando sólo haya que nombrar el objeto.

Cuando una mujer o alguno de estos hombres bien parecidos pedían el nombre de una flor o de una planta en un jardín, nada debía resultar más enojoso y ridículo que la necesidad de darles por respuesta una larga hilera de palabras en latín, como si se tratara de evocaciones mágicas; inconveniente suficiente para apartar a estas personas frívolas de un estudio encantador ofrecido con un aparato tan pedante.

Por más necesaria y ventajosa que fuera esta reforma, ésta no se habría llevado a cabo con éxito ni hubiera sido universalmente adoptada de no haber sido por el profundo saber y celebridad del gran naturalista M^s. Linneo. Al principio sufrió la resistencia, y la sufre aún, pues no podría ser de otro modo. Sus rivales en esta materia, en efecto, consideran esta adopción como un reconocimiento de inferioridad que se cuidan de hacer. Y los botánicos de primer orden, que se creen obligados por altivez a no adoptar el sistema de nadie y a tener cada uno el suyo, no sacrificarán sus pretensiones al progreso de un arte en el que el amor de aquéllos que lo profesan es raramente desinteresado.

Los celos nacionales se oponen aún a la admisión de un sistema extranjero. Uno se cree obligado a defender a los ilustres de su país, principalmente cuando han dejado de vivir; pues incluso el amor propio, que soportaba con esfuerzo la superioridad de aquellos durante su vida, se honra de su gloria tras su muerte.

A pesar de todo esto, la gran comodidad de la nueva nomenclatura y la utilidad que el uso ha permitido conocer, han hecho que, no sin esfuerzo, se adoptará antes o después y casi universalmente en toda Europa, incluso en París. M^s. de Jussieu acaba de establecerla en el Jardín del Rey, prefiriendo así la utilidad pública a la gloria de una nueva refundación que parecía exigir el método de las familias naturales de las que su ilustre tío es el autor. No es, por lo demás, que esta nomenclatura linneana no tenga sus defectos y no deje grandes espacios a la crítica, pero en espera de que se encuentre una más perfecta a la que nada le falte, vale cien veces más adoptar ésta que no tener ninguna, a menos que se prefiera volver a caer en las frases de Tournefort y de Gaspard Bauhin. Incluso me cuesta trabajo creer que pueda haber en adelante una nomenclatura mejor lo bastante exitosa como para proscribir ésta, a la que todos los botánicos de Europa están ya acostumbrados. Y es por la cadena doble del hábito y la comodidad por lo que aquéllos renunciarían a ella con más esfuerzo del que tuvieron que hacer para adoptarla. Para operar este cambio, haría falta un autor cuyo crédito hiciese olvidar el de M^s. Linneo, y con tal autoridad que Europa entera quisiera someterse una segunda vez, lo que me parece difícil de esperar. Pues si tal sistema, por excelente que pudiera ser, fuera adaptado por un único país, arrojaría a la Botánica a un nuevo laberinto, siendo así más nocivo que útil.

El trabajo mismo de M^s. Linneo, si bien que inmenso, es todavía imperfecto, tanto porque no comprende

todas las plantas conocidas como porque no ha sido adoptado por todos los botánicos: pues, en efecto, los libros de quienes recelan de su autoridad exigen por parte del lector el mismo trabajo en el estudio de la concordancia al que los libros anteriores les obligaban. Mención aparte merece M^s. Crantz quien, a pesar de su pasión contra Linneo, y aun después de haber rechazado su sistema, adoptó su nomenclatura. Pero M^s. Haller, en su gran y excelente tratado sobre las plantas alpinas, rechaza a la vez lo uno y lo otro. Por su parte, M^s. Adanson hace aún más: adopta una nomenclatura totalmente nueva en la que no se aprecia relación alguna con la de M^s. Linneo. M^s. Haller cita siempre los géneros y alguna vez las frases de las especies de Linneo, pero M^s. Adanson no cita nunca ni género ni frase. M^s. Haller se atiene a un sinónimo exacto, de modo que cuando lo une a la frase de Linneo, aquél puede reconocerse al menos indirectamente por la relación de los sinónimos. Pero M^s. Linneo y sus libros son completamente nulos para M^s. Adanson y para sus lectores, y no hay en las obras de este último ningún dato en el que la huella de aquél pueda reconocerse. Así, hay que elegir entre M^s. Linneo y M^s. Adanson, quien excluye a aquél sin misericordia, y arrojar al fuego todos los libros de uno o de otro. O bien hay que emprender un nuevo trabajo que no será ni corto ni fácil para poner de acuerdo dos nomenclaturas entre las que no existe ningún punto de encuentro.

Además, M^s. Linneo no ofreció una sinonimia completa: si se trataba de plantas antiguamente conocidas citaba simplemente a los Bahuins y Clusius, y hacía corresponder a un autor con cada planta; si, por el contrario, se trataba de plantas exóticas descubiertas recientemente, citaba uno o dos autores modernos, y no añadía más que las figuras de Rheedi, de Rumphius y de algunos otros. Su empresa no le exigía efectuar una compilación más extensa, y era suficiente con que diera un solo dato seguro para cada planta de la que hablaba.

Tal es el estado actual de cosas. Dicho lo cual pregunto a cualquier lector con sentido común cómo es posible dedicarse al estudio de las plantas, rechazando el de la nomenclatura. Es como si quisiéramos ser expertos en una lengua sin estar dispuestos a aprender las palabras. Es verdad que las palabras son arbitrarias, que el conocimiento de las plantas no exige necesariamente el de la nomenclatura, y que es fácil suponer que un hombre inteligente podría ser un excelente botánico aun cuando no conociera una sola planta por su nombre. Pero que un hombre solo, sin libros y sin auxilio alguno de luces comunicadas, llegue a convertirse

siquiera en un muy mediocre botánico es una afirmación ridícula de hacer y una empresa imposible de ejecutar. Se trata de ver si la Botánica debe perder trescientos años de estudios y de observaciones, si trescientos volúmenes de figuras y de descripciones deben quemarse en la hoguera, si los conocimientos acumulados por todos los sabios que dedicaron su dinero, su vida y sus desvelos a viajes inmensos, costosos, extenuantes y peligrosos deben ser inútiles para sus sucesores, y si cada uno de nosotros, partiendo siempre de cero, podrá adquirir los mismos conoci-

mientos de los que el género humano se ha hecho merecedor tras una larga cadena de investigaciones y estudios. Si esto no es así, y la tercera y más amable parte de la Historia Natural merece la atención de los curiosos, que se me diga cómo nos arreglaremos para hacer uso de los conocimientos adquiridos anteriormente si no se empieza por aprender el lenguaje de los autores y por saber a qué objetos se refieren los nombres empleados por cada uno de ellos. Admitir el estudio de la Botánica y rechazar el de la nomenclatura es, pues, caer en la más absurda de las contradicciones.

BIBLIOGRAFÍA

- BAEHNI, CH. 1938. Les *Lettres sur la botanique* de J.-J. Rousseau. *Aesculape*: 112-119.
- BATLAY, H. 1981. L'herbier, journal de rêveries comme substitut d'une écriture autobiographique chez Rousseau. *Rousseau et Voltaire en 1978*: 8-18. Ginebra.
- BRIQUET, J. 1913. J. J. Rousseau botaniste. *Celebración del segundo centenario de J.-J. Rousseau por el Institut National Genevois*: 20-27. Ginebra.
- CALDERÓN, F. 2004. Rousseau y la naturaleza vegetal: Una propuesta de moral estética. *Estudios Filosóficos* (en prensa), Valladolid.
- CHEYRON, H. 1981. L'Amour de la botanique. *Publications de l'Université de Toulouse* 4 : 53-91.
- Correspondance complète de Jean Jacques Rousseau*, vol. 39. Institut et Musée Voltaire, Genève-Oxford.
- DE VIMORIN, R. 1968. J. J. Rousseau et la botanique. *Nouvelle revue française* 16: 746-755.
- DE VIMORIN, R. 1969. *Œuvres complètes*. P. Gallimard/Pléiade, 4: 194-223.
- DURIS, P. 1993. *Linné et la France (1780-1850)*. Ginebra, Droz.
- GAGNEBIN, B. 1962. Rousseau et la botanique, prólogo a *Lettres sur la botanique*. París, Club de Libraires de France: 9-35.
- KLAUSER, E. A. 1970. Quand Rousseau herborisait avec le Dr. Gagnebin. *Feuille d'avis de Neuchâtel* 22: 17-32.
- MATTHEY, F. 1982. La dernière passion de Jean-Jacques Rousseau. *Revue Neuchâteloise*, Neuchâtel 100: 3-40.
- ROUS, CL. 1913. Les herborisations de J.-J. Rousseau à la Grande Chartreuse en 1768 et au Mont Pilat en 1769. *Annales de la société linnéenne de Lyon* 60: 101-120.
- ROUSSEAU, J. J. 1959. *Fragments autobiographiques et documents biographiques*. Obras Completas de Jean Jacques Rousseau, tomo I. Biblioteca de la Pléiade, Éditions Gallimard, introd. de Marcel Raymond et Bernard.
- ROUSSEAU, J. J. 1959. *Les rêveries du promeneur solitaire*. Obras Completas de Jean Jacques Rousseau, tomo I. Biblioteca de la Pléiade, Éditions Gallimard, introd. de Marcel Raymond.
- ROUSSEAU, J. J. 1969. *Fragments de Botanique*. Obras Completas de Jean Jacques Rousseau, tomo IV. Biblioteca de a Pléiade, Éditions Gallimard, 1969, introd. de Roger de Vimorin.
- SAINT-AMANT, P. 1983. Rousseau contre la science. L'exemple de la botanique dans les textes autobiographiques. *Studies on Voltaire and the eighteenth century* 219: 159-167.